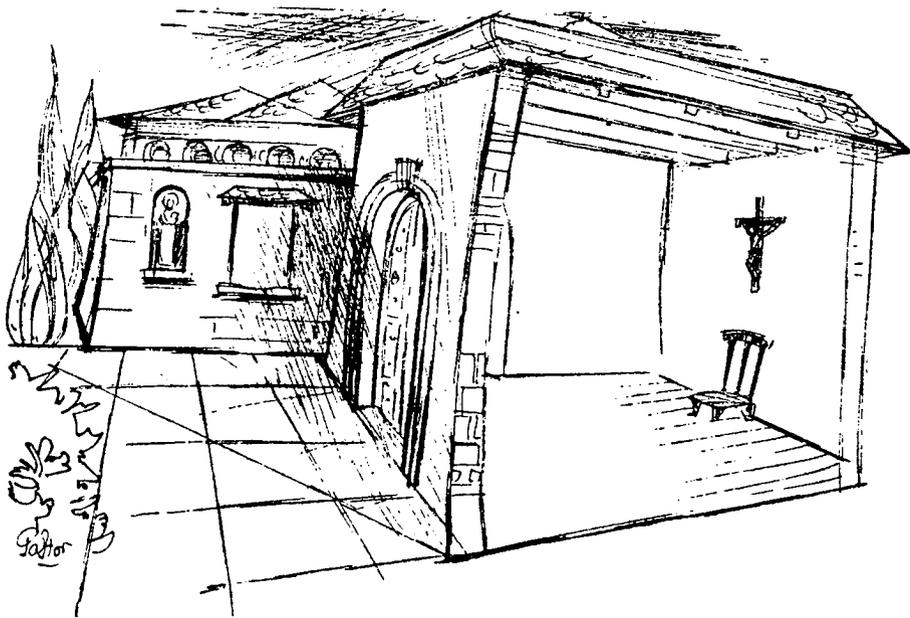




- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU



ACTO III

PERSONAS que figuran en este tercer acto.

MELUSINA.

MINUTISA.

LA HERMANA ASUNCION.

LA HERMANA TORNERA.

LA ABADESA.

EL DIABLO - POLICHINELA.

EL ESPEJO - ARLEQUIN.

MONJAS.

EL JARDINERO.

(Portal y jardincito o patio de un Convento de monjas. Torno y puerta que separa el patio de la clausura. Del lado de ésta, al fondo, la entrada del claustro. Al lado de la puerta, en un nicho, una imagen de la Virgen, con lamparita delante, encendida. Está atardeciendo. Se oye el rezo lejano de las monjas en coro. Tañe una campana con toque de oración. Sale, del lado del patio o jardincillo, dirigiéndose a la puerta, MELUSINA. Viste de peregrina convencional. En el jardincillo, el JARDINERO, cortando flores.)

MELUSINA.

¿Qué peregrina ilusión
me vistió de peregrina?
¿Pues me atina o desatina
esta peregrinación?
Con razón o sin razón
me había de hallar perdida:
que no se pierde la vida
cuando se pierde la suerte;
ni se juega con la muerte,
porque la muerte no olvida.
Más me espanta lo que veo
que lo que quise mirar:
porque no supe encontrar
lo que perdió mi deseo.
Cuando miro lo que creo,
por creer lo que no vi,
me voy quedando sin mí,
creyendo que nada es mío:
ni de mi sombra me fío,
aunque nunca la perdí.

(Melusina se acerca al jardinero y dice):

MELUSINA.

Jardinero. ¿tienes flores?

JARDINERO.

Tantas como tuve amores (*le da unas rosas blancas*).

MELUSINA.

(*tomando las flores*) ¡Nunca tal blancura vi!

JARDINERO.

¡Como que son para ti!

MELUSINA.

(*oliendo las rosas*) Estas flores al rocío,

como a lágrimas del viento,

dieron su consentimiento

con aparente desvío:

si a su enigma me confío

advierte mi sinsabor

que también rompe el olor

como una invisible espuma

entre alborotos de pluma

su más imposible albor.

JARDINERO.

La espuma no tiene sombra

como la nube o la nieve,

aunque blancura tan breve

al que la mira le asombra:

cuando el silencio la nombra,

rompiendo la voz del mar,

sin sombra puede asombrar,

MELUSINA.

como el agua evaporada
que es nube y nieve, asombrada,
y asombrosa de mirar.
Lo mismo que rompe, pura,
toda la mar una ola,
como si fuese ella sola
tan innumerable albura,
así esta flor me asegura
de una blancura mejor
que el espumoso fervor
siendo de la mar nacido,
como el llanto, desasido
de las sombras del dolor.

JARDINERO.

MELUSINA.

Flor y espuma, mar y viento,
expresan tu sentimiento.
Peregrinas son de amores,
nubes, espumas y flores.

JARDINERO.

MELUSINA.

Por eso yo te las di.
¡Nunca tal blancura vi!

(Estrecha Melusina las flores contra sí, llorosa.)

JARDINERO.

Para que el corazón no se desangre en llanto,
ni el pensamiento huya, estremecido en eco,
no dejes a la ausencia que labre con su hueco
el nicho del olvido, la fosa del espanto.

La muerte es un silencio: la vida, un entretanto:
y el arte es siempre un arte de vestir el muñeco,
que arropado de vanas apariencias, enteco,
es armazón de huesos, encanto sin encanto.

Mal puede ser que llegue quien no busca, al andar,
otra cosa que el paso fugitivo y sin huella:
porque sólo se llega a no poder llegar.

Y si sangra el ocaso con apariencia bella,
es porque toda cosa se hizo crepuscular.
pulsando su latido invisible, en la estrella.

(Sale el jardinero, y Melusina con las flores se acerca a la imagen de la Virgen, poniéndoselas al pie.)

MELUSINA.

¡Quiera la Virgen Santísima
amparar mi desventura!
Pues siendo una virgen pura
fué también madre amantísima.

(Llama tirando del cordel de la campanita y espera. A poco entra la hermana tornera, que es vieja y viene despacio arrastrando los pies. Cuando se acerca al torno, dice:)

TORNERA. ¡Ave María Purísima!
MELUSINA. ¡Concebida sin pecado!
TORNERA. ¿Quién a ese lado ha rezado?
MELUSINA. Una mujer.
TORNERA. ¿Qué mujer?
MELUSINA. ¡Si lo pudiera saber
ya estaría del otro lado!
TORNERA. ¿Cómo viene?
MELUSINA. De escapada.
Vengo huyendo del amor.
TORNERA. ¡Por Cristo Nuestro Señor!,
¡que vendrá muy ladeada!
MELUSINA. Vengo perdida y buscada.
TORNERA. ¿Y a quién busca y pierde?
MELUSINA. A Dios
TORNERA. ¿Pues no le encontráis en vos?
MELUSINA. ¿No os digo que vengo huída?
TORNERA. ¿De Dios venís perseguida
o del mundo?
MELUSINA. De los dos.
TORNERA. Si a Dios y al mundo juntáis
en una misma inclemencia,
¿no os dice vuestra conciencia
que al hacerlo blasfemáis?
MELUSINA. Me dice que me tentáis,
hermana, con vuestra ciencia,
tentándome la paciencia
cuando vengo por piedad
a pedir os caridad
y amparo de mi inocencia.
TORNERA. ¡Que al cielo ofendéis recelo!
MELUSINA. ¿Y qué mujer por nacer,
sólo por nacer mujer,
no nace ofendiendo al cielo?
TORNERA. ¿Venís a tomar el velo?
MELUSINA. ¡Por desvelada de amor!
TORNERA. ¡Válgame Nuestro Señor!
MELUSINA. ¡Por Él os pido que abráis!
TORNERA. A lo que os oigo, lloráis...

MELUSINA.
TORNERA.

Pues verlo os será mejor.
(*Abre la puerta*) Para una mujer que llora
nunca se cerró esta puerta.
¡Ved que lloro!

MELUSINA.
TORNERA.

Ved que abierta,
tenéis la puerta, señora.
Entrad y decidme ahora
qué es lo que de mí queréis.
Que me déis, si la tenéis,
alguna consolación.
Esperad, y la veréis.

MELUSINA.

TORNERA.

(*Sale la Tornera.*)

MELUSINA.

(*Sola*)
Ya temo encontrar asilo
donde encuentro penitencia.
¿Está la hermana Asunción?
Me tiene el alma en un hilo:
pues, sosteniéndome en vilo
un consuelo tan sin suelo,
como no hay vuelo sin cielo,
mal podré quedarme asida
de aquella misma caída
que me precipita en vuelo.
No busca consolaciones
el que busca, en el partir,
adonde se puede asir,
partiéndose en sinrazones.
No pierde las ilusiones
el que acaba lo que empieza:
ni se queda de una pieza
quien despieza su razón:
porque pierde el corazón
y no encuentra la cabeza.
¡Ay de mí!, que, peregrina,
me hice extranjera al amor!

SOR ASUNCION. (*Entrando*)

¿Quién invoca aquí al Señor?
Una mujer.

MELUSINA.

SOR ASUNCION. (*Sorprendida*)

¿Melusina?

MELUSINA.

La que dijeron divina;

que humana no pudo ser.

SOR ASUNCION. ¿Y a mí me viniste a ver?

MELUSINA. ¿Pues a quién mejor, hermana?

SOR ASUNCION. Ya veo que eres humana:
al menos, al parecer.

MELUSINA. Parezco lo que no soy.

SOR ASUNCION. Porque eres lo que no eras.
Tampoco lo parecieras
si fueras la de ayer, hoy.
Congratulándome estoy
de verte tan peregrina:
pues, ya lo ves. Melusina,
queriéndote disfrazar,
te has venido a desnudar
de la voluntad divina.

MELUSINA. ¿No está el ser del parecer
como la tierra del cielo?

SOR ASUNCION. Y como el cielo del suelo:
porque a todo hay que volver.
Vuelves, porque eres mujer,
a ser la que siempre fuiste:
que la llama en que prendiste
el amor perecedero
no se consume primero
que el aire que la resiste.

MELUSINA. ¿Consume la llama viva
el aire que la alimenta?

SOR ASUNCION. Para hacerse cenicienta
de la luz que la cautiva:
pues apenas llega, esquiva,
su propia sombra a esquivar.
cuando, al lograrle escapar,
ha dejado de ser llama;
lo mismo que hace el que ama
cuando ha dejado de amar.

MELUSINA. La sombra que a mirar llevo
que se desprende de mí,
¿me pone fuera de sí,
si entre sombras anda el fuego?
Pues, de esa manera, luego
que de una sombra me guío,
tan sólo al aire confío

el suspiro de mi llanto,
porque miro, con espanto,
que ya ni mi llanto es mío.
SOR ASUNCION. De ese modo, Melusina,
entenderás lo que eres,
cuando sean tus pareceres
como la llama divina.

Pues si la llama se inclina
empujada por el viento,
¿qué no hará tu pensamiento
inclinado a la pasión
cuando pierde la razón
de su propio movimiento?
MELUSINA. La hora que da el reló,
no la toma el relojero.
Yo no sé por qué me muero,
pero por el tiempo, no.

¿Cómo sabes que sé yo
que no quiero lo que quiero?
Cuando espero y desespero
muriendo por no morir,
y teniendo que vivir
sin saber lo que prefiero.

SOR ASUNCION. Sé que la hora es ahora:
y mañana será tarde;
que por el fuego se arde
si por el fuego se llora;
que si el alma se demora,
escudada en el temor,
pronto perderá el amor
lo que le daba la vida,
cuando la apaga, escondida
en cenizas de dolor.

MELUSINA. No sé si quiero entenderte,
pero seguirte sí quiero:
porque siento que me muero
por no dejar de creerte.
No pretendo convencerte
de que es vana tu ilusión,
sintiendo mi desazón
entre sombras prisionera
como si la llama fuera
sangre de mi corazón.

*(Salen Sor Asunción y Melusina dirigiéndose hacia el fondo del claustro).
(Por el lado del patio o jardinillo, entran ahora EL DIABLO, vistiendo siempre hábitos monjiles con la cornamenta saliéndole por la cabeza y ARLEQUIN de fraile como antes. Viene con ellos MINUTISA cargada de bultos y paquetes, entre los cuales, la sombrerera, donde se supone que va la Cabeza de Meluso).*

MINUTISA. Se nos ha adelantado Melusina. Hace rato que debió llegar. ¿Llamaremos?
DIABLO. Espérate un poco. Convendría asegurarnos de que llegó.
ARLEQUIN. Muy sencillo. Dame la sombrerera.
MINUTISA. ¿Para qué?
EL DIABLO. ¿Qué vas a hacer?
ARLEQUIN. Vais a verlo.

(Coloca la sombrerera en el torno y llama tirando del cordón de la campanita. Por el otro lado vuelve a entrar, como antes, la hermana Tornera).

EL DIABLO. No podías hacer imprudencia mayor. Vas a escandalizar a todo el convento.
ARLEQUIN. Tú siempre moralista.
MINUTISA. Es la única manera de que sepamos si está o no está dentro Melusina.
TORNERA. ¡Ave María Purísima!

(ARLEQUIN hace señas a los otros para que no contesten y se escondan y vuelve a llamar tirando del cordón de la campanita, escondiéndose luego. Entonces, la TORNERA dando vuelta al torno, recoge la caja, y con ella en las manos, se dirige al fondo hacia el claustro al mismo tiempo que entran en escena las monjas volviendo del coro, precedidas por la ABADESA).

ABADESA. ¿Quién llamaba, hermana?
TORNERA. Nadie contestó. Di la vuelta al torno y encontré esta caja.
ABADESA. ¿Qué podrá ser? ¿No trae papel ni cosa alguna que diga su procedencia?
TORNERA. *(buscando sin abrirla)* Yo nada veo.

(Las monjas se agrupan alrededor de la hermana Tornera con visibles muestras de curiosidad por saber lo que la caja contenga).

ABADESA. Pues habrá que abrirla con cuidado, no vaya a tener dentro alguna cosa mala...

(Las monjas se apartan santiguándose.)

TORNERA. No sea un animalito...
 ABADESA. O una criatura.
 UNA MONJA. Eso no pasa más que en las comedias...
 ABADESA. (*con gravedad*) Calle, hermana Asunción, que, como se suele decir, es el Diabolo el que carga las escopetas...

(*Vuelven las monjas a santiguarse.*)

UNA MONJA. No fué la hermana Asunción sino yo quien dejé escapar esa simpleza. Perdóneme su reverencia.
 ABADESA. ¿Pues no está la hermana Asunción?
 TORNERA. Está ocupada con una visita. La solicitó una penitente.
 ABADESA. ¿Y desde cuándo?
 TORNERA. Apenas hace un rato: no tuve tiempo de advertírselo a la madre, porque estaba en el coro.
 ABADESA. ¿No dijo quién era la penitente?
 TORNERA. Yo oí a la hermana Asunción llamarle Melusina.
 ABADESA. ¿Y es ése nombre de mujer?
 OTRA MONJA. Si me permite madre, yo diría...
 ABADESA. Pues diga hermana.
 LA MONJA. Lo que oí decir...
 ABADESA. Diga lo que oyó, hermana.
 LA MONJA. Que toda mujer es Melusina y Melusina no es ninguna mujer...

(*Las demás monjas contienen la risa disimulando.*)

ABADESA. No diga simplezas, hermana, éstos son cuentos y embustes que todas oímos de chiquitas, cuando nos querían asustar con un nombre así, o parecido, del hada Melusina...
 LAS MONJAS. (*Arremolinándose con curiosidad*) ¡Cuéntelo, cuéntelo, madre abadesa!...
 ABADESA. (*medio seria*) ¡Chitón! No sean chiquillas. Vamos a averiguar primero qué regalo del hada Melusina nos trae esta cajita...
 TORNERA. Si la madre lo cree prudente, yo preferiría decir primero alguna oración, para que se fueran los malos espíritus, no vaya a contener algún maleficio.
 ABADESA. Dígala, hermana.

(*La tornera pone en el suelo la sombrerera y se arrodilla, haciendo lo mismo todas las demás monjas a su alrededor menos la abadesa que se queda de pie.*)

TORNERA. (*Santiguándose y todas las monjas con ella*)

Innato San Espedito
— que en el cielo estáis escrito.
(Repiten las monjas a coro.)

Y nonnato San Ramón...
(Mismo juego.)

Cochino de San Antón
y San Antonio bendito
con su niño chiquitito...
(Mismo juego.)

San Roque, con su perrito,
que es un perrito rabón...
(Mismo juego.)

¡Libradnos de la ocasión
y tentación del Maldito:
el grandísimo Cabrón!
(Mismo juego.)

O cualquiera de su grey...
(Mismo juego.)

Por la mula *(hace la cruz)* Por el buey *(igual)*
del establo de Belén...

Amén

LAS MONJAS. Amén.

(Abre la caja la tornera, retirándose sorprendida y haciéndose cruces.)

TORNERA. ¡Jesús, María y José!

(Las monjas también se levantan y echan atrás todas santiguándose.)

ABADESA. ¿Qué es ello, hermanas?

(La Abadesa se acerca a la caja, sacando de ella una calavera que toma en sus manos.)

¿Este recuerdo les sorprende? Es el mejor mensaje que
podía venirnos del mundo en este día...

(Entran en escena en este instante, MELUSINA y SOR ASUNCION)

Vengan, hermana y compañía, a ver el amigo que nos
ha llegado a visitar como mensajero divino...

(Se adelantan la hermana ASUNCION y MELUSINA, quien al darse cuenta de que la calavera salió de la caja que hay en el suelo, se queda inmóvil como estatua, desplomándose luego desmayada. Todas las monjas acuden a socorrerla.)

ABADESA. ¿Qué sucedió? ¿Se ha desmayado? ¿Quién es esta penitente, hermana?

SOR ASUNCION. ¡Ya le explicaré, madre Abadesa. Ahora la llevaremos a cualquier celda para que vuelva en sí...

(MINUTISA que, con sus acompañantes, estuvo escuchando del otro lado del torno, se precipita hacia el cordón y campanillea con violencia, sin que el DIABLO ni ARLEQUIN puedan impedirselo. Sorpresa general. La Abadesa impone silencio con el dedo en los labios y dice con alta y gangosa voz:)

ABADESA. ¡Ave María Purísima!

(Sigue MINUTISA sin responder tirando alocadamente de la campanilla.)

¡Ave María Purísima!

(Las monjas vuelven a santiguarse con miedo susurrando entre ellas.)

¡Ave María Purísima!

(Mismo juego.)

ABADESA. Vaya hermana tornera a averiguar qué cosa sea, mientras nosotras atendemos a la desmayada, llevándola a la celda de la hermana Asunción. Vamos.

(Entre varias hermanas se llevan el cuerpo desmayado de MELUSINA, saliendo todas las demás y la Abadesa, con la calavera en las manos. La tornera, santiguándose, se dirige al torno, escuchando, y como sigue el campanilleo, sin respuesta del otro lado, volviendo a santiguarse abre una rendija de la puerta, para mirar, entrando entonces MINUTISA de un empellón, y tras ella, ARLEQUIN y EL DIABLO.)

TORNERA. ¡Jesús!

MINUTISA. Salud, hermana. Pronto, dígame dónde está mi señora Melusina...

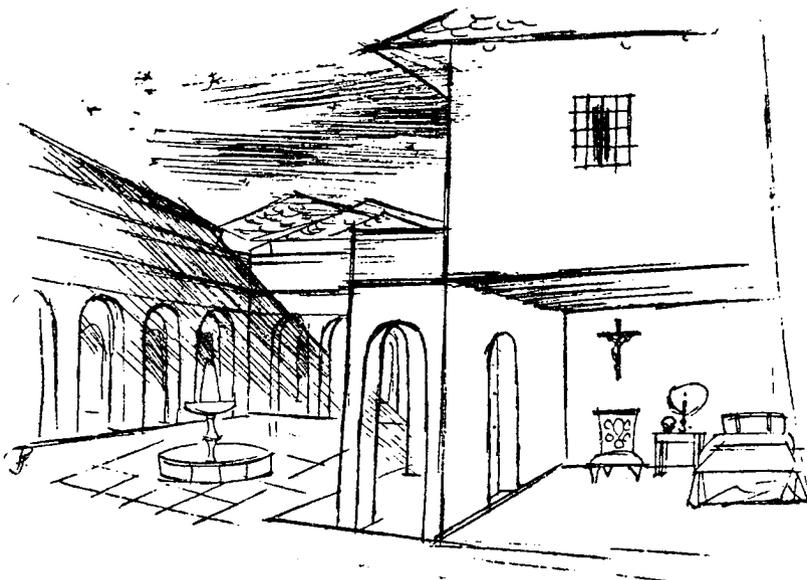
TORNERA. ¡Bendito sea Dios! ¡Qué buena gente por acá! Pero digan sus reverencias, ¿quién es esta jovencita tan alocada?...

(Besa la tornera la mano de ARLEQUIN, mirando al DIABLO de reojo.)

DIABLO. Todo se lo diremos, hermana; venimos en busca de Melusina, que se refugió en este Convento, huyendo de los que la perseguían para matarla. Creemos que ha venido a esconderse aquí. Díganos, si vino, dónde está.

TORNERA. Ahora mismo se la llevaron desmayada. Síganme y la verán... ¿Es esta jovencita de su familia?

MINUTISA. Soy su servidora.



ESCENA II

(El claustro y una celda del mismo convento; en la celda un catrecillo y una mesita donde arde un cirio, única luz que ilumina la escena, ante un crucifijo, delante del cual, una calavera. MELUSINA, vestida con hábito de novicia, ayuda a MINUTISA a guardar sus trajes, zapatos, ropas y joyas en un cofre. Es media noche. Se oye dar las doce campanadas y el rezo de las voces gangosas de las monjas en coro. Luego, música de órgano. La puerta de la celda está abierta al claustro por entre cuyos arcos se mira la noche estrellada.)

MELUSINA.

(Mientras da a MINUTISA joyas y ropa que guardar)

Soñando que soñaba que yo era
 la misma que mi amor había soñado,
 soñé que no pasara lo pasado
 ni en memoria de vida pasajera:
 como si todo lo que fué, no fuera
 más que un lejano ser, nunca acabado,
 que no pasó, que pudo haber quedado
 prendido a su esperanza venidera.

¡No fué, no es, no puede ser mentira
la imagen del amor en mi deseo,
cuando en todo la siento que me mira
y yo la miro en todo lo que veo!
¡Si hasta creo sentirla que respira!
¡Quiero creerlo! ¡Quiero! Y no lo creo.

MINUTISA.

Quieres creer, amando, que tu vida
perece, como larva misteriosa,
y no ves que se torna mariposa
con la noche de estrellas encendida.

Creyendo que adelantas la partida
ganándole a la muerte cautelosa,
no miras que le ofreces, engañosa,
desvanecerte por envanecida.

¿No sientes que el dolor te vuelve oscura,
como el viento, escondido en la arboleda,
volviendo temerosa la espesura?

Huyes de la fortuna porque rueda,
sin pensar que te cumple su ventura
cuando te deja lo que no te queda.

MELUSINA.

Si miras un jardín abandonado,
buscando tu recuerdo en sus despojos,
sientes que se adelantan a tus ojos
las imágenes muertas del pasado.

Todo lo que tu vida ha deseado,
lo vas pisando ahora en sus abrojos;
te cubren, enredados, los rastrojos
de un fuego ya en cenizas aventado.

No das un paso que no encuentre un eco:
en ese bosquecillo, aquella fuente
que pudo ser la voz de tu ternura

ha enmudecido; como el árbol seco
que te salta a los ojos de repente,
siendo la sola imagen que perdura.

(Termina de ayudar a MINUTISA, y acercándose a la mesita, toma en sus manos la calavera, acariciándola con ternura y cierta sensualidad como si acariciase a un gato; volviéndose luego, siempre con la calavera en las manos, para decirle a MINUTISA:)

MELUSINA.

(A Minutisa) Mis trajes y mis joyas son para ti. Y lo que aún encuentres entre las cenizas de mi casa.

MINUTISA.

(Llorando) Yo te lo guardaré todo, señora, para cuando vuelvas...

MELUSINA. No volveré.
 MINUTISA. No digas eso, Melusina, ¿vas a renunciar a tu venganza?
 MELUSINA. Ya estoy vengada.
 MINUTISA. ¿Cómo?
 MELUSINA. Con que no me vean.
 MINUTISA. Te buscarán.
 MELUSINA. ¿Por qué?
 MINUTISA. Porque no podrán vivir sin verte.
 MELUSINA. No me pueden ver, aunque quieran.
 MINUTISA. ¿No querían quitarme la vida?
 MELUSINA. Porque te aman.
 MINUTISA. O porque me odian.
 MELUSINA. ¿Y se odia lo que no se ama?
 MINUTISA. Cuando se teme. ¡Yo no saldré de aquí!
 MELUSINA. ¿Pero crees en Dios, Melusina?
 MINUTISA. Creo que Dios cree en mí.
 MELUSINA. ¿No es eso orgullo?
 MINUTISA. No, sino humildad.
 MELUSINA. ¿Pues, cómo?
 MINUTISA. Porque es amor y confianza.
 MELUSINA. ¿Sólo eso?
 MINUTISA. (*Acariciando la calavera*) Y miedo de la muerte.
 MELUSINA. ¿Por qué la acaricias?
 MINUTISA. Porque la temo.
 MELUSINA. ¿Con eso la huyes?
 MINUTISA. Trato de engañarla.
 MELUSINA. ¿No te engañarás a ti misma?
 MINUTISA. ¿No soy mujer?
 MELUSINA. Y por serlo, ¿qué puedes contra la muerte?
 MINUTISA. Todo.
 MELUSINA. ¿Por odio de ti misma?
 MINUTISA. De la que fui, no de la que soy.
 MELUSINA. ¿Qué fuiste, Melusina?
 MINUTISA. Un espejismo: un bello reflejo del amor.
 MELUSINA. ¿Imagen y semejanza divina?
 MINUTISA. Hasta que Dios quiso.
 MELUSINA. ¿No lo quisiste tú?
 MINUTISA. Para amar sólo lo que no debe amarse.
 MELUSINA. ¿El qué? ¿No hay que amarlo todo?
 MINUTISA. Todo, menos nuestro propio amor.
 MELUSINA. ¿Por qué?
 MINUTISA. Porque deja de serlo.
 MELUSINA. ¿Nuestro?

MELUSINA. Al contrario: amor.
MINUTISA. ¿Tú mataste al tuyo?
MELUSINA. Sin querer.

(Vuelve a acariciar con cariño la calavera)

MINUTISA. ¿Y no querrías resucitarlo?
MELUSINA. *(Deja la calavera, con mimo, como si fuese a un niño en la cuna, al pie del Crucifijo, en la mesa, donde estaba, y se queda mirando las dos cosas largamente; luego dice con energía:)*
No.

(Pausa.)

MINUTISA. Dios no te dió hijos.
MELUSINA. Y el Diablo me dió una calavera.
MINUTISA. ¿No es el hijo de tu amor muerto?
MELUSINA. *(Queda pensativa un momento, y luego dice como si despertarse de un sueño:)*

¡Eso, Minutisa, tú lo dijiste!

Siempre es hijo del amor la muerte. El hijo de mi amor: una calavera. La muerte es lo que mi corazón ha engendrado.

MINUTISA. La muerte. Melusina, ¿no se engendra por nuestra sangre en hijos vivos?

MELUSINA. Cuando el amor no nos engaña con su vida.

MINUTISA. ¿Cómo?

MELUSINA. Haciéndonos creer que es nuestra.

MINUTISA. ¿Cómo puedes creer que es tuyo lo que no tienes?

MELUSINA. No queriendo tenerlo.

MINUTISA. ¿Tú no quisiste eso?

MELUSINA. Queriendo otra cosa.

MINUTISA. ¿Pues qué querías?

MELUSINA. Vivir de amor.

MINUTISA. ¿Tú sola?

MELUSINA. Solamente.

MINUTISA. Pues, ¿no se vive de amor solamente?

MELUSINA. Cuando solamente se muere.

MINUTISA. Y cuando se muere, de ese modo, por amor sólo, ¿es cuando se empieza a vivir de veras?

MELUSINA. O a creer que se vive. Eso empiezo a querer creer.

MINUTISA. ¿Luego, quieres creer en Dios, Melusina, creyendo que Él cree en ti? ¿Quieres creer que es su amor el que nos da la vida?

MELUSINA.

Quiero creerlo, Minutisa, para no volver a creer más en lo que quise; en lo que más quería, que es en lo que no quería creer. Porque lo que más quise no era amor.

MINUTISA.
MELUSINA.

¿Pues qué era?

(señalándole la calavera) Míralo. Tú lo estás viendo como yo: muerte.

MINUTISA.
MELUSINA.

¿Y lo quieres todavía?

(Queda un instante pensativa y luego dice, conteniendo el llanto:)

¿Ves que no pude vengarme del mundo y ahora quieres que me vengue de Dios?

(Pausa. Llega más fuerte y clara la música del órgano, precipitando en su catarata de sonidos las voces monjiles, que casi ahoga).

MINUTISA.

(Terminando de arreglar las cosas en el cofre) Ya están todos tus trajes guardados; como tu venganza, Melusina. ¿Renuncias de este modo al mundo o al amor?

MELUSINA.
MINUTISA.

Al mundo.

Separando tu amor de tu venganza, ¿no te traicionas a ti misma?

MELUSINA.

Tal vez me traiciono a mí misma para no traicionar mi amor.

MINUTISA.
MELUSINA.

¿Un amor que no es tuyo?

Que es más que mío. No traiciono mi cuerpo vistiendo este sayal: lo enmascaro.

MINUTISA.
MELUSINA.

De muerte.

De alma.

MINUTISA.

Tampoco lo traicionabas antes con tus otros vestidos, con tus otras almas, enmascarándote de vida. Máscara por máscara, ¿por qué cambias la de la vida por la de la muerte?

MELUSINA.

Porque no es la vida ni la muerte lo que más quiero.

MINUTISA.

¿Pues qué quieres más?

MELUSINA.

No lo sé todavía. Quiero querer, pero sin saber, sin poder saber lo que quiero.

Véte, Minutisa. Es muy tarde. Mañana mandarás por todo. No vuelvas tú. Ahora nos despedimos.

(MINUTISA, llorando, besa las manos de MELUSINA y sale. Al cruzar el pasillo del claustro para salir, tropieza con el hábito que tiró ARLEQUIN, se estremece como de frío, y luego lo mira y lo palpa, como si quisiera cerciorarse de que está hueco, acabando por ponérselo, como si se abrigase en él, y marchándose lentamente. Durante esta escena muda de MINUTISA,

fuera, MELUSINA ha ido a arrodillarse ante el Crucifijo y la calavera, diciendo, al fin, como si rezara una oración:)

MELUSINA.

Amor, aunque te escondas, si me hieres
con la muerte que quiso enmascararte,
quiero poner mi vida de tu parte:
¡házme querer por ti lo que tú quieres!
¿Cómo encontrarte en mí, pues que prefieres
encontrarme perdida por buscarte?
¡Enséñame a perderme y a encontrarte
perdido por tus propios pareceres!
No sé si quieres tú, ni si yo quiero
otra cosa que ser la que no he sido,
para dejar de ser la que no soy.
¡Si me hieres de amor, de amor te hiero!
¡Si te pido por mí, por ti te pido!
¡No me busques en mí si en ti no estoy!

(Ha ido haciéndose más fuerte y cercana la música del órgano, al mismo tiempo que cambia el runruneo gangoso del rezo monjil por voces claras infantiles que dicen lo que sigue: mientras MELUSINA, después de decir el soneto, y al oír el canto fuera, ha vuelto a levantarse, saliendo al claustro, y asomándose a la noche estrellada.)

LAS VOCES y MUSICA. *(dentro.)*

Melusina enamorada,
más amorosa que amante,
celosa, porque constante,
si de amor desengañada;
no pudiste, deseada,
escaparte del dolor;
y ahora lo puedes mejor
de tus ecos fugitiva.
¡Viva, Melusina, viva,
porque ha vencido al amor!
El amor que te arrebató
hurtándote a la venganza,
te devuelve a su mudanza
cuando a la vida te ata;
por querer lo que te mata,
queriéndolo sin temor,
lo estás queriendo mejor
que de tu querer cautiva.

MELUSINA.

¡Viva, Melusina, viva,
porque ha matado su amor!
(desde el claustro, asomada a la estrellada nocturna.)
Sí, viva: como el lucero
que, de ilusión palpitante,
es un corazón distante
que quiere lo que yo quiero:
como la flor, que prefiero
si se enciende de rubor
al prenderse en un temblor
como hace la llama altiva.

VOCES y MUSICA. *(dentro.)*

¡Viva, Melusina, viva,
porque ha nacido al amor!

(Sigue escuchándose la música, quedando MELUSINA en pie, asomada a la noche, mientras se hace la:)

MUTACION



ESCENA III

(Un bosque. Es de noche. La espesura y oscuridad del suelo contrasta con la transparente claridad del cielo estrellado. Una suave música distante.)

Entran el DIABLO-POLICHINELA y EL ESPEJO-ARLEQUIN. EL DIABLO viene todo mojado, tiritando y sacudiéndose como un perro, y estrujando como una esponja el hábito de religiosa, que cuelga de un árbol para que se seque, mientras se hace el diálogo.)

ARLEQUIN.

¿Caíste al río?

DIABLO.

Lo pasé

nadando como podía.

ARLEQUIN.

¿Y estaba el agua muy fría?

DIABLO.

Hirviendo cuando yo entré:

¡y eso que no me quedé!

ARLEQUIN.

¡Pues tú la harías hervir!

DIABLO.

Y al hervir fuera el reír

que me he puesto hecho una sopa.

(Cuelga el hábito de una rama.)

ARLEQUIN. Nadas y guardas la ropa,
como se suele decir.

DIABLO. ¡Por vida de los Infiernos,
que no ardiera como estopa!

ARLEQUIN. Cada cual con lo que topa:
siempre que tope con cuernos.

DIABLO. Estos se me hacen eternos,
pues no los puedo arrancar.

ARLEQUIN. Ni te los quieras quitar,
porque a fuerza de tirones
tanto crecen los bribones
que te van a cornear.

DIABLO. De este bosque complaciente
me duele ya la cabeza.

ARLEQUIN. ¿De qué bosque?

DIABLO. Del que empieza
al extremo de mi frente.

ARLEQUIN. ¿En sus crestas no se siente
primaveral florecer?
A mí me parece ver
que tanto te va creciendo
que ya te estás bosqueciendo.

DIABLO. ¿Pandemonium voy a ser?

ARLEQUIN. Pues te emboscas de ese modo
serás. más bien, emboscado,
y el bosque el endemoniado
con tu nombre por apodo.
Pareces cuernalotodo
con tus astas de venado,
que por cuernos bosquejado,
corneas el bosque todo.

(Mientras esto dice ARLEQUIN, el DIABLO que se ha echado al suelo, se va. poco a poco, convirtiéndose en arbusto, hasta fundirse y confundirse con las espesas ramas que le rodean. Entra en escena MINUTISA, enfundada en su hábito de religioso franciscano. ARLEQUIN se esconde detrás de la espesura que ha formado de ramas el DIABLO, para no ser visto.)

MINUTISA. Montes, prados, bosques, ríos,
que nuestros pasos calláis,
decidme: ¿dónde ocultáis
los humanos desvaríos?
¿Cómo empiezan mis desvíos

donde acaban mis pisadas?
¡Este paraje es de hadas
que con mágico poder
ilusionan nuestro ser
con sus sombras encantadas?

VOCES.

(*Dentro. Cantando.*)

Si no puede contemplar
lo que no alcanza su vuelo,
quédese el alma en el suelo
sin más consuelo que amar.

MINUTISA.

¿Qué dice en el bosque umbroso
el silencio que me espanta?

ARLEQUIN.

(*haciendo de eco, oculto*) Canta.

MINUTISA.

¿Y el murmullo presuroso
del arroyo fugitivo?

ARLEQUIN.

(*lo mismo*) ¡Vivo!

MINUTISA.

¿Las altísimas estrellas
qué dicen con su mirar?

ARLEQUIN.

(*lo mismo*) ¡Amar!

MINUTISA.

¿Pues las misteriosas huellas
que se esconden a mi paso?

ARLEQUIN.

(*lo mismo*) Acaso.

MINUTISA.

¿Y la semilla esparcida
de la flor que se secó?

ARLEQUIN.

(*lo mismo*) Sí o no.

MINUTISA.

¿Y el anhelo de la vida
que en silencio se convierte?

ARLEQUIN.

(*lo mismo*) Muerte.

MINUTISA.

¡Ay de mí! ¡Qué mala suerte!
¡Haber venido a parar
en cantar para espantar
el silencio de la muerte!

(*Se quita la capucha y canta.*)

Los ojos de Melusina
no son de ningún color,
porque en ellos el amor
sus deseos ilumina.
¡Ay de aquél que lo adivina
y no los puede mirar!
Porque no podrá olvidar
el color de su ventura,

si recuerda la dulzura
de haberlos visto llorar.
Bosque, estrella, arroyo, flor,
decidme de qué color
es el aire que respiro;
de qué música, el suspiro;
de qué sabor, el amor.

VOCES.

(Dentro, cantando.)

Si no pudiera alcanzar
amor de tan alto vuelo,
quédese el alma en el suelo
sin más consuelo que amar.

MINUTISA.

¿Qué hay detrás del bosque?

ARLEQUIN.

(como antes)

El mar.

MINUTISA.

¿Y detrás del mar?

ARLEQUIN.

(lo mismo)

El cielo.

MINUTISA.

¿Y detrás del cielo?

ARLEQUIN.

(lo mismo)

El vuelo

que no se puede alcanzar.

MINUTISA.

Pues si no puede esperar
lo que no alcanza su vuelo,
quédese el alma en el suelo,
sin cielo, bosque, ni mar,
ni más consuelo que amar
el mar, la tierra y el cielo.

VOCES.

(Dentro, cantando.)

Si no puede contemplar
lo que no alcanza su vuelo,
quédese el alma en el suelo
sin más consuelo que amar.

MINUTISA.

Bosque, estrella, arroyo, flor,
decidme si lo que miro
es el aire de un suspiro,
o el perfume o el color;
si es canto el del ruiseñor
que en lágrimas se convierte:
pues ha querido mi suerte
que haya venido a parar
en cantar para espantar
el silencio de la muerte.

(Se sale ARLEQUIN de donde estaba oculto, adelantándose hasta MINUTISA.)

ARLEQUIN.

No te tengo que decir,
porque tu razón lo advierte,
que lo que quiere la muerte
es no dejarte vivir;
dejándote consumir,
si te desvive por fuera,
hace lo que el viento hiciera
con tu disfraz ceniciento,
apagando con su aliento
el rescoldo de la hoguera.

MINUTISA.

Si el viento de la pasión
me enmascara cenicienta,
no apaga, como aparenta,
el fuego en mi corazón:
que este sayal de ilusión
con que al parecer me apresa,
me aprisiona porque expresa
la llama dentro prendida,
pareciendo desvivida
para más viva sorpresa.

ARLEQUIN.

¡Prendiéndote en llamarada
te escondes en la ceniza?
Pues hazte la perdidiza
para poder ser hallada:
como hace la enamorada
en el divino *Cantar*,
para poderse encontrar
en la llama del que ama.
¡Deja de llamarte llama
o déjate llamear!

Minutisa, tú eres flor
que nace de la ceniza,
salamandra escurridiza
de la hoguera del amor:
fénix, dijera mejor,
que para volar al cielo,
quemara primero en el suelo
la vida que la desmiente,
y apenas la pierde, siente,
que se levanta en un vuelo.

MINUTISA.

Estás, porque eres mujer,
entre el Diablo y un espejo:
si no fueras un reflejo,
¿qué menos podrías ser?
Porque, al sólo parecer
con que te ofreces mentida,
estás dándonos la vida
y quitándonos la muerte
como si hicieras, de suerte,
que te dieras por perdida.
No hago otra cosa que hacer
lo que todo lo que vive,
cuando alienta y se desvive
para hacer su parecer.
¿No ha empezado la mujer
por parecer ella sola?
La sirena, que en la ola
quiere ser naturaleza,
acaba por donde empieza,
que es por morderse la cola.
Si la mujer es quimera
con su cola de pescado,
¿no lo sabe, enamorado,
quién más pescarla quisiera?
Tropezando en lo de afuera
con lo de adentro se espina.
Que para ser femenina
tiene siempre la mujer,
al menos al parecer,
que parecer que es divina.
¿Qué sería de Melusina
palpitando en un lucero
si no se hubiese primero
enconado en una espina?
Ahora, cuando adivina
su corazón sideral,
arde como en un fanal
la llama que ardía fuera,
mirando en la calavera
su única imagen real.
¿Por qué la apariencia bella
ha de parecer que miente
cuando la vida se siente

ARLEQUIN.

sólo espejada por ella?
¿Miente por lucir la estrella?
¿Por dar su aroma la flor?
¿Por cantar el ruiseñor,
y por murmurar el río?
¿Cuando no es tuyo ni mío
nunca nos miente el amor!
Mentira el amor se hace
al querérselo apropiarse;
pues dejándole pasar
la mentira se deshace.
Si la vida se complace
en el cristal de una fuente,
haciéndose transparente
al deshacerse en huída,
¿por qué quieres que tu vida
no haga como la corriente?
No te engañas por amar
si no dicen tus engaños:
"por mí no pasan los años":
¿pues por qué no han de pasar?
¿Por qué te quieres quedar
cuando te quedas sin nada?
¿No se queda eternizada
en un olor y un color
al encenderse una flor
por cada estrella apagada?
Si uná noche las estrellas
son eternidad de amores,
y en un día son las flores
tan eternas como ellas;
si tanto duran centellas
de luz, olor y color,
eternizando el amor
breve tiempo pasajero,
¿no huye lo perecedero
para quedarse mejor?
Aunque inmóvil te reflejas
en el agua transparente,
quedándose en la corriente
la imagen en que te espejas,
no es esa sombra, que dejas
de ti misma desvivida,

ninguna ilusión perdida
sino la misma razón
de que sea una ilusión
el apropiarte la vida.
Deja que vida y amor
pasen por ti, como pasa
la luz por la leve gasa,
por la música el temblor,
y la palabra mejor
por el silencio evadida:
que ni el amor ni la vida
te los puedes apropiar
sin tenerlos que matar
para detener su huída.

VOCES.

(Dentro, cantan.)

Si no puede contemplar
lo que no alcanza su vuelo,
quédese el alma en el suelo
sin más anhelo que amar.

(Empieza a clarear débilmente el día, aclarándose muy poco a poco la escena. MINUTISA se quita el hábito que deja caer al suelo, y echándose ella misma después, desaparece, apareciendo en su lugar una gigantesca MINUTISA encarnada. Entonces ARLEQUIN se adelanta al proscenio para decir:)

ARLEQUIN.

(Al público)

Público: con tu favor,
Melusina está en su estrella;
bosque enredado por ella
se hizo el Diabolo enredador;
Minutisa es una flor
al primer albor nacida:
y yo, espejo de la vida,
para hacerme tu conciencia,
voy a tomar la apariencia
de un arroyo en clara huída.

(Hace una graciosa pirueta y sale corriendo.)

VOCES.

(Dentro, cantan)

Bosque, arroyo, estrella y flor,
si los llamas serán llamas,
como todo lo que amas,
de un solo fuego de amor.

Pues si no puede lograr
lo que no alcanza su vuelo
quédese el alma en el suelo
sin más consuelo que amar
el mar, la tierra y el cielo.

(Va cayendo con mucha lentitud el)

TELON